

Poemas

Rosana Curiel Defossé

INSTRUCCIONES PARA CABER

HOY, A MIS CUARENTA y nueve años y dos meses
me sigo preguntando
cómo se hace para caber en una definición,
 en una bandera,
en un título, en un apellido, en una firma,
en un anillo, en una palabra.

Cómo se acomoda la chispa molecular
en el muy menor tamaño de lo aprehensible,
en un asiento de añejas medidas,
o en una célula que recién devoró un ácaro.
De qué forma se entra de lleno en el concepto,
al estrechísimo canal de aceptaciones,
cómo se mete uno al renglón, al carril, al huacal.
si son espacios de tan poca monta, en verdad.

Yo he tratado de caber desde que tengo memoria,
me he reducido hasta el punto de sólo mirarme
 los pies
y morderme mucho los dedos.
He seguido el dictado de mis monjas,
he sido callada y tranquila
y de niña confesé mentiras todos los jueves
para hacer feliz al párroco y caber en su buen corazón.
He sido muy obediente, pero aun así no he cabido.

Admiro a las personas que llevan 25 años
usando el mismo color de zapatos y de maneras.
Felicito a las que arman igual cualquier rompecabezas
por distinto que sea.
Es cosa de fórmulas ¿no lo dice el dicho?
Todo cabe en un jarrito...
Pero hay de jarritos a jarritos y en éste,
como en otros casos, el tamaño sí importa.

Me inclino ante los que conocen la respuesta
 adecuada
para cada hora y circunstancia del día
porque saben que caber es cosa grande,
 imprescindible
si se trata de vivir sin tropiezos,
hasta parece que se les mandó a hacer a la medida
 de todo.

Reconozco ser un caso irresuelto de *incapacidad*,
no me entran los ojos en cualquier momento
o en cualquier persona,
se me hinchan las manos si las pongo donde sienten
 bonito
y yo misma pinto la casa con el tono que se descuelga
de la primavera o de un muy buen beso.

Luego están los poemas que, por lo general, resultan un lío, dicen lo que siento, se meten en venas equivocadas y hacen que algunos corran a tomar aire porque también empiezan a sentir que algo les aprieta.

No se cómo se cabe en un sueldo fijo, en un horario de múltiples intimidades, en las verdades a medias o en la tasa fija de los mismos rituales a 30 años sin intereses.

He seguido varias recetas para adelgazarme la curiosidad y fortalecer la zona del Correcto (llave maestra para caber donde sea). He gastado buen dinero en ropas apropiadas de acuerdo al criterio de mis vecinas, quienes acerca de acomodarse saben mucho. Hasta he ido a círculos de reprogramación para no *cabientes*, pero no lo logro, siempre hay algo que rompo si me muevo a mi ritmo, algo que, cuando respiro hondo, me aprieta, ya sean los días muy fríos, los hombres muy simples, los halagos demasiado halagos, la grandilocuencia y lo excesivamente fino.

Con decir que me aprietan los pijamas...

El único lugar donde quepo es mi casa, está hecha a mano, a pura brocha y a punto de cruz, a martillazo limpio. Es chica, pero sabe mirar y me tiene paciencia,

supongo que es asunto de elasticidades, de yoga en las paredes y en el tipo de materiales de contricción.

En mi casa puedo ser ancha como cadera porque sus límites se mueven y se amoldan a mí. Si escribo versos cursis, siempre hay un papel que los absorbe sin juzgarlos y después se los lleva discreto a la basura sin ofender a nadie.

Si mi cabello es rojo, morado o semilla, los espejos le guiñan el reflejo y lo cepillan y no tengo que maquillar mis ocurrencias con verbos ligeros y prudentes para que no incomoden,

ni justificar mi alegría porque mi cara siga siendo de humano

y mi vida siga siendo la mía.

Aquí todo es caber, el problema es afuera, las ropas del mundo se me rasgan cada vez que me las pongo

y termino en cueros a mitad de cualquier historia, cortada y asustante.

Creo que me daré por vencida, a estas alturas poco me importa quedar desparramada, voy a caber o no en el mundo como pueda o como

Dios manda,

y si no manda, ya ni modo.

Hay suficientes metáforas

como para sobrevivir despreocupada algunos años más

mirando el techo o mis alcatraces, sólo así, tocando una lija, acariciando un pie, leyendo un boleto.

Es una sugerencia, qué tal si funciona.

ERROR

Mi madre tenía miedo de volar,
se detenía bien de la tierra,
ataba los ojos a los de mi padre
y lo miraba elevarse hasta desaparecer.

Ella me enseñó a pintar,
frente a la iglesia de Santa Catarina
yo dibujaba caras en una hoja
mientras que sus pinceles amordazaban un lienzo.
Me dijo cómo son los labios en un lápiz
y de qué manera una ligereza los convierte en besos.
Los ojos había que arrancarlos
desde la célula del papel
y si eran verdes mejor.

Mi madre tejía toda clase de hilos,
inventaba cuerpos donde no los había.
Caminaba muy despacio y cada miércoles
me compraba un anillo de latón en el mercado.

Tenía 46 alacranes en el vientre, yo los vi,
y tenía también un estambre largo que la enredaba
desde el corazón hasta la casa de la palmera.

No eran lo suyo los aviones, las arañas o las alturas,
tampoco las conversaciones con una niña.
Yo la miraba pensar y dormir sobre la máquina
de coser,
ahí, la espera se le hacía sueño
y el sueño la convertía en lluvia.

Aprendió a matar gallinas y a cocinar langostas.
Se hacía sombreros elegantes
para disfrazarse de más hermosa
y fumaba como si estuviera besando a mi padre.
Con el tiempo supe que escribía poemas,
eso fue cuando yo ya tenía su cara encima.

A mi madre se le cayeron los ojos de tanto mirar
a su hombre.

El 24 de julio del 67 la gran hazaña no fue
la firma del acta de París del Tratado de Berna,
ni haber cantado “La marsellesa”
por la mañana en la escuela
o haberme robado un sacapuntas azul;
fue escaparme de la casa vecina
donde me habían guardado los grandes.

Desde la calle, a través de un agujero del portón,
vi cuando la metían en la ambulancia que estaba
en la cochera.

Dos días después sucedió y me dijeron,
yo me eché a correr hasta que me alcanzó la vida.

No eran lo suyo los aviones, las arañas o las alturas,
tampoco las conversaciones con una niña.
Mi madre tenía miedo de volar y era una estrella.

Por favor, ya mírenme bien y dejen de equivocarse,
yo soy mi padre.

FUENTE DE CAL

A mi padre le gustaba volar,
se amarraba bien de los ojos de mi madre
y se elevaba hasta desaparecer.
Cualquier manera de hacerlo era buena,
no importaba si estaba frente a su máquina de escribir,

dentro del mar, con amigos,
o en el corazón mismo de una botella de ron
donde el genio se le montaba en los labios
y le dictaba la vida mientras que él
se la robaba a puro anclaje de besos.

Sabía volar y al hacerlo
daba saltos de luz que fulminaban a todos.
Lo mirábamos expandirse y brillar mejor
que una medusa,
extraer de los instantes duros
una silueta de maravilla cuadrada o verde, lápiz, tulipán.

Mi padre me enseñó a volar con los dedos,
y no es que me mostrara las letras o la gramática, no,
sólo me enseñó a reacomodarme en el mundo
con los papeles de su restirador,
a filtrarme desde la tinta para hacerme rama
y saberme toda flor y toda hija y toda yo.
Toda vuelo.

Caminaba rápido y cuando se sentaba
sacudía el aire con un pie
para provocarle opciones, maneras.
Movía el aire y pasaba horas mirándolo,
conquistando las formas que le había puesto
desde la nada, y entonces sonreía.
Dentro de él cabía todo, pero todo se le estrellaba;
afuera, un muro le limpiaba las lágrimas
y yo no sabía a ciencia cierta
si cuando me miraba
era a mí, o simplemente se lanzaba directo sobre
mi cabeza
para desaparecer en algún paraje de su propia historia.

Vulnerable como hoja de oblea,
deslumbrante como labios de bardo,
escondía naranjas en los muebles
para ser más terrenal que los gusanos.
Aprendió a mirar como nadie
y a mi madre le arrancó los ojos de tanto verla.

“Aprende a observarlo todo –me decía–,
descubre el instante de la voz y de las mareas,
intuye cada gesto, dale forma al aroma,

a la carcajada, repasa la memoria de la lluvia,
porque ahí está la verdadera intención
de lo que se expresa.”

A mi padre le gustaba jugar a que yo era su niña,
a que yo era su héroe,
a que yo era su herida.
Y cuando era su niña me adoraba,
y cuando era su héroe me alababa
y cuando era su herida, me olvidaba.

Sabía volar de pie o recostado,
andando o comiendo.
Giraba cuerdas delicadas
que lo ponían en órbita,
en velo de serpiente para esconderse lejos.
Y lo hacía tan bien
que una madrugada apareció
sobre una cama, desnudo,
sin más mirada que la del interior de sus memorias.

Esa noche, mis hermanos se fueron a dormir, estaban
cansados.

Yo me quedé para lanzarle amarras
pero él, como un demente,
revoloteaba de un lado a otro
para regresarle el calor a los focos blancos
que pretendían mantenerlo vivo.
Me di cuenta de que ya estaba en su nueva geografía
porque sonrió y de pronto,
con un arrebató de aliento,
se volvió fuente de cal.
Toqué sus pies y eran rocas,
miré su rostro y era roca,
apreté su mano y era raíz.

Yo, la niña, la héroe, la herida,
me quedé quieta cuando lo vi elevarse.
Le sonreí. •

ROSANA CURIEL DEFOSSÉ es poeta, narradora y guionista. Estudió sociología en la Universidad de Luisiana y es egresada de la Escuela de Escritores de la SOGEM. Entre sus publicaciones se encuentran los poemarios: *Cómplice de nada*, *Álbum* y *Carne de puente*; el libro de cuentos *Historias de señoritas* y los libros de relatos infantiles *El gran viaje de Tino* y *Los sueños de Luna*.